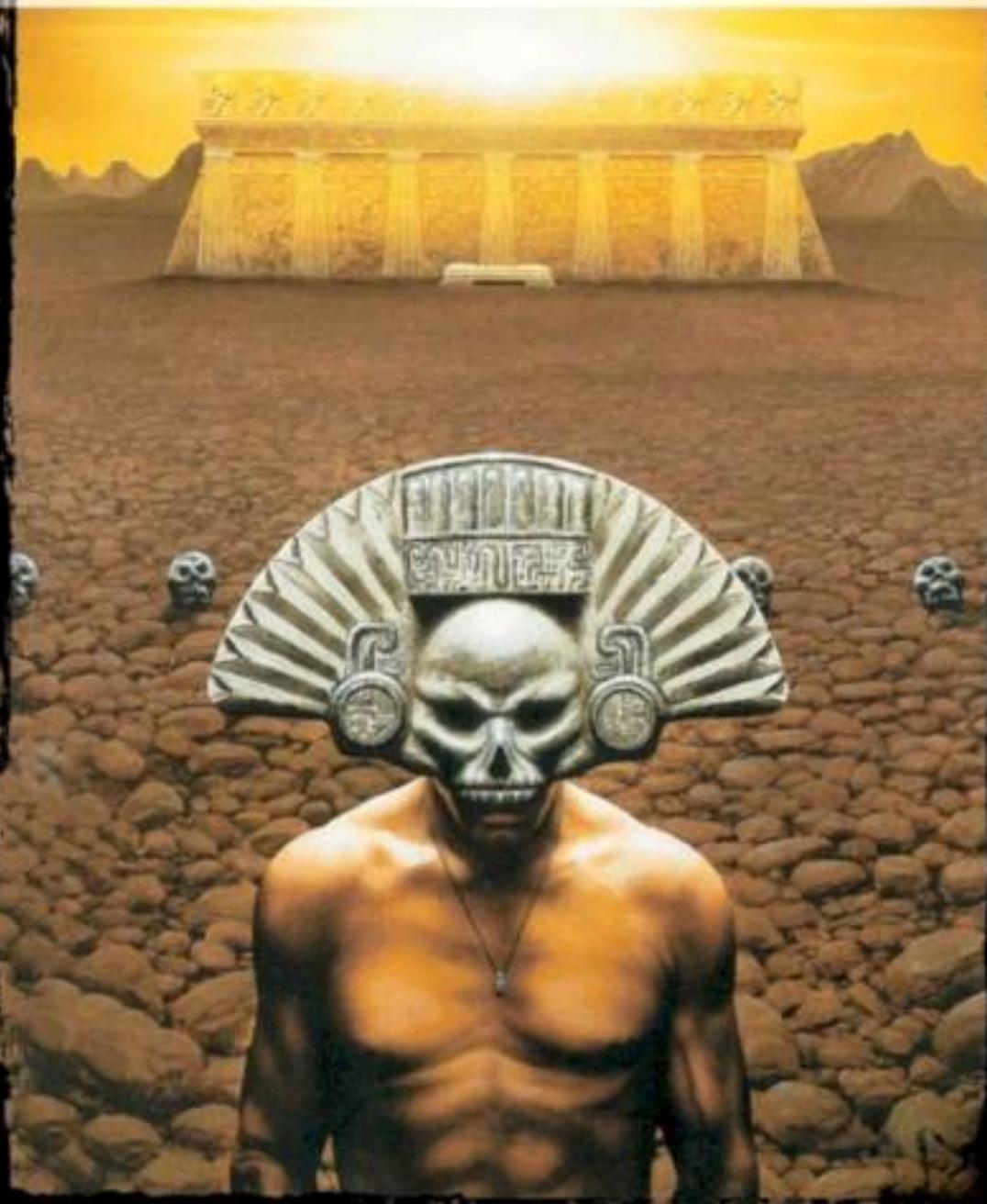


"Material peligroso: engancha de la primera palabra a la última"

Robert Silverberg
El libro de los cráneos



Cuatro estudiantes descubren un manuscrito, *El libro de los cráneos*, que revela la posible existencia de una secta en el desierto de Arizona, cuyos miembros ofrecen la inmortalidad a aquellos que completen su rito de iniciación. Para su sorpresa, descubren que la secta existe en realidad y que, si lo desean, está dispuesta a aceptarles como acólitos. Pero por cada grupo de cuatro que accedan al rito, dos tienen que morir para que los otros tengan éxito.

Esta novela es la clase de ciencia ficción inteligente, provocativa, que el género siempre amenaza con hacer pero tan raras veces logra. En *El libro de los cráneos* no encontrarás un futuro brillante con naves espaciales y planetas que conquistar, pero sí drama, misterio y ancestrales secretos con personas caracterizadas de manera magistral.

A Saul Diskin

1

ELI

Llegamos a Nueva York viniendo del norte por el New England Thruway. Como de costumbre, Oliver conducía. Relajado, con la ventanilla medio bajada, el pelo largo y rubio ondeando al viento helado. Timothy, sentado a su lado, dormitaba. Segundo día de nuestras vacaciones de Semana Santa. Los árboles estaban desnudos todavía y algunas placas de nieve ennegrecida afeaban las cunetas. En Arizona no encontraríamos nieve pasada en el borde de las carreteras. Ned, sentado a mi lado, en el asiento trasero, garabateaba páginas y páginas en un bloc, con una luz demoníaca en sus pequeños y brillantes ojos negros. Nuestro querido Dostoievski. De pronto, a nuestras espaldas rugió un camión, por el carril de la izquierda; nos adelantó y se colocó bruscamente ante nosotros. No nos dio de milagro. Oliver apretó el freno. Crujió penosamente. A Ned y a mí nos faltó muy poco para salir disparados hacia el asiento delantero. Un segundo después, Oliver dio un bandazo a la derecha para evitar que chocaran con nosotros por detrás. Timothy se despertó:

—¡Mierda! ¿Es que ya no se puede dormir en paz?

—Casi nos matan —le dijo Ned gesticulando, desencajado, inclinándose hacia delante para soplarle las palabras al oído—. ¿Bromeas? Cuatro valerosos muchachos camino del Oeste, buscando la inmortalidad, aplastados por un camión en el New England Thruway. ¡Con todos nuestros jóvenes miembros esparcidos en las cunetas!

—La vida eterna... —dijo Timothy. Eructó. Olíver rió.

—Hay solamente una posibilidad entre dos —les recórdé—. Una baza de poker existencial. Dos encuentran la vida eterna, dos la muerte.

—¡Una baza de póker de mi culo! —se burló Timothy—. Me hace gracia. ¡Sí! Hasta parece que te lo crees.

—¿Tú, no?

—¿En *El Libro de los Cráneos*? ¿En nuestro Shangri-La de Arizona?

—Si no crees en ello, ¿por qué vienes con nosotros?

—Porque en marzo hace buen tiempo en Arizona —nuevamente me obsequiaba con aquel tono altivo de miembro de *country-club* que sabe estar a la altura de las circunstancias en cualquier lugar; un estilo que odio. Ocho generaciones de culos dorados le preceden—. Un pequeño cambio de aires no me hará daño.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿Es ésa toda tu aportación moral y filosófica a nuestro viaje? ¿Te estás burlando de mí, Timothy? ¿Con todo lo que está en juego y no puedes dejar ese aire de aristócrata desengañado, ese acento amargo, esa postura de que cualquier compromiso puede ser realmente comprometido...?

—¡Déjame en paz con tus monsergas, por favor! —dijo Timothy—. No estoy de humor para meterme en discusiones socioétnicas. En breves palabras, estoy demasiado cansado —empleaba aquel tono de paciencia amable, de anglosajón digno deseoso de librarse de la conversación molesta de un judío demasiado apasionado. Era la actitud que más detestaba de Timothy, cuando me daba en las narices con todos sus genes, explicándome, mediante inflexiones

encopetadas, que sus antepasados habían fundado este país mientras los míos estaban plantando patatas en los bosques lituanos.

—Si me permites, me vuelvo a dormir —me dijo. Y a Oliver—: Ten cuidado con esta puta carretera, ¿quieres? Despiértame cuando llegemos a la Calle 67.

Ahora que ya no se dirigía a mí —miembro irritante y complejo de una raza extranjera, repugnante, pero, quién sabe, tal vez superior—, un leve cambio se operó en su voz. Ahora era el *country-squire* que habla con un simple granjero: relación sin ambigüedad. No es que Oliver fuese tan sencillo, por supuesto, pero era la imagen existencial que Timothy se hacía de él, y, aquella imagen, bastaba para definir sus relaciones, cualquiera que fuera la realidad. Timothy bostezó y volvió a dormirse. Oliver aceleró y se lanzó tras el camión que antes nos había adelantado. Lo pasó, cambió de carril y se pegó a él, desafiando al conductor para que repitiese la jugada anterior. Miré hacia atrás con fastidio.

Un peso pesado, un monstruo rojo y verde, roía el parachoques. Sobre nosotros estaba la cara obstinada, seria, rígida, del conductor: pómulos salientes, sin afeitado, ojos pequeños y fríos, labios apretados. Si pudiera, nos pasaría por encima. Vibraciones de odio. Odio porque somos jóvenes, porque somos guapos (¿guapo, yo?), porque tenemos tiempo y dinero para ir a la universidad a llenarnos la cabeza con cosas inútiles. El escarabajo encaramado encima de nosotros: el buen ciudadano. Cabeza plana bajo la gorra grasienta. Más patriota, con más moral que nosotros. Un buen americano. Jodido por tener que esperar detrás de cuatro vagos. Quise pedirle a Oliver que acelerara antes de que nos embistiera, pero Oliver se obstinaba en seguir delante del camión, con el cuentakilómetros clavado en ochenta. Oliver, cuando quiere, sabe ser tozudo.

Entramos en Nueva York por no sé qué autopista que corta el Bronx. Un territorio poco familiar para mí. Soy hijo

de Manhattan; sólo conozco el «metro». Ni siquiera sé conducir. Autopistas, peajes, gasolineras, toda una civilización con la que no he mantenido más que ocasionales contactos. En el Instituto miraba a los chicos de los barrios residenciales cuando llegaban el sábado a la ciudad, todos tras el volante, todos con su chica de dorados cabellos sentada a su lado: aquel no era mi universo, no. Sin embargo, todos tenían dieciséis o diecisiete años, la misma edad que yo. Para mí eran algo así como los semidioses. Hacían el *strip* de las nueve de la noche a la una y media de la madrugada; después cogían el coche hasta Larahmont, Lawrence, Upper Montclair, se escondían bajo la bóveda frondosa de alguna tranquila alameda y saltaban con sus chicas al asiento de atrás. Reflejos de nalgas blancas al claro de luna, braguetas desabrochadas, penetración rápida, gruñidos y gemidos. Mientras tanto, yo cogía el «metro»; West Side/I. R. T. Todo aquello hubiera marcado profundamente vuestra mente con todo lo relacionado con el sexo. Es difícil hacerle el amor a una chica yendo en el «metro». O de pie, en un ascensor mientras sube al octavo piso de algún rascacielos de Riverside Drive. Por no hablar de hacerlo sobre el techo asfaltado de cualquier edificio de la West End Avenue, a cien metros del suelo, metiéndola y moviéndote mientras las palomas critican tu técnica y te picotean el furúnculo que tienes en el culo. Cuando uno crece en Manhattan es diferente. Un montón de inconvenientes le joden a uno la adolescencia. Mientras tanto, los demás chicos se divierten en sus moteles de cuatro ruedas. Por supuesto, nosotros, acostumbrados a los sinsabores de la vida ciudadana, tenemos por contrapartida nuestras pequeñas ventajas. Nuestras almas, nutridas con la fuerza de la adversidad, son más ricas y más interesantes. Cuando establezco categorías, siempre separo a los conductores de los no conductores. Los Oliver y los Timothy por un lado, los Eli por otro. Por derecho, Ned entra en la misma categoría que yo, la de los pensadores, los leídos, los atormentados, los introvertidos

del «metro». Pero Ned tiene carnet de conducir. Lo que no constituye más que otro ejemplo de la perversa naturaleza de su carácter.

De todas formas, estaba contento de estar otra vez en Nueva York. Aunque sólo fuera de paso, camino del dorado Oeste. Era mi terreno, o, más bien, lo sería una vez atravesáramos el Bronx para entrar en Manhattan. Los librerías, los puestos de perritos calientes y salsa de papaya, los museos, las salas de arte y ensayo, la gente. Su textura, su densidad. Bienvenido al país *kascher*. Un espectáculo que anima el corazón después de meses de cautiverio en las soledades pastorales de Nueva Inglaterra, los árboles imponentes, las anchas avenidas, las iglesias congregacionistas completamente blancas, las personas de ojos azules. ¡Qué alivio escapar de la aristocrática pureza de nuestro *campus* para respirar una bocanada de aire contaminado! Una noche en Manhattan y, después, hacia el Oeste. El desierto, los Guardianes de los Cráneos. Volví a ver iluminadas páginas del viejo manuscrito, las letras arcaicas, los ocho cráneos haciendo muecas al borde de la página (siete de ellos no tenían mandíbula inferior, pero, pese a todo, conseguían hacer muecas), cada uno en su pequeño nicho en la columna. *La vida eterna te ofrecemos*. Qué irreal me parece toda esta historia de la inmortalidad en este momento, con los cables de acero del puente George Washington brillando en el sudoeste y las burguesas torres de Riverdale a nuestra derecha. De pronto, tengo dudas. Somos un grupo de insensatos. Nos hemos portado como idiotas creyéndonos todo esto, por haber invertido el dinero de nuestro capital psicológico en una empresa alocada. Olvidemos Arizona y tiremos hacia Florida; Fort Lauderdale, Daytona Beach. Pensad por un momento en todas esas chicas bronceadas de allí abajo, esperando que unos tíos tan sofisticados como nosotros vayan a ligárselas. Y, como ya había pasado otras veces, Ned pareció leer en mis pensamientos; me miró furiosamente y dijo:

—¡No morir nunca! ¡Fantástico! Pero ¿crees realmente que haya algo de verdad en todo eso?

2

NED

La parte más fascinante para mí, la más excitante estéticamente, es que dos de nosotros deban morir para que se exima a los otros dos del pesado fardo de la mortalidad. Esos son los términos propuestos por los Guardianes de los Cráneos, suponiendo, claro está, que la traducción que ha hecho Eli del manuscrito sea correcta, y, también, que lo que nos ha dicho sea verdad. Creo que la traducción es correcta —Eli es terriblemente puntilloso en cuestiones filológicas—, pero siempre hay que considerar la posibilidad de que se trate de una broma, tal vez montada por el propio Eli. O que el mismo sea víctima de un engaño. ¿No estará jugando con nosotros? Ese pequeño judío con la cabeza llena de tradiciones del *ghetto* es capaz de todo, y, por supuesto, capaz de imaginar una historia fantástica para embarcar a tres pobres *goyim* indefensos hacia algún horrible destino: un baño de sangre ritual en el desierto. *Ocúpate primero del delgado, del homosexual; métele tu ardiente espada por el agujero de su culo impío.* Pero es probable que le atribuya a Eli mucha más depravación de la que realmente tiene, proyectando sobre él toda mi inestabilidad febril de andrógino perverso. Me parece sincero, es un judío

honesto. En el grupo de cuatro candidatos que deben presentarse a la Prueba, uno debe someterse voluntariamente a la muerte, y otro debe convertirse en víctima de los demás. *Sic dixit liber calvarium*, que dice *El Libro de los Cráneos*. Dos mueren y dos viven. Un exquisito equilibrio de *mandala* de cuatro esquinas. Tiemblo ante la terrible tensión entre la extinción y el infinito. Para Eli, el filósofo, esta aventura es una versión más siniestra de la apuesta de Pascal, un juego al doble o nada existencial. Para Ned, el supuesto artista, es una cuestión de estética, un problema de forma y realización de sí mismo. ¿Qué suerte correremos cada uno de nosotros? Oliver, con su feroz sed de vida: nos quitará a la fuerza el frasco de la inmortalidad. No puede hacer otra cosa. No admitirá nunca, ni por un instante, la posibilidad de estar entre los que se retiran para que otros puedan vivir. Y Timothy. Naturalmente, volverá de Arizona intacto e inmortal, esgrimiendo la misma cuchara de plata que llevaba en la boca cuando nació. Los tipos como él están hechos para ser los vencedores. ¿Cómo iba a dejarse matar, o matarse él mismo, con toda esa pasta pariendo para él? Imaginad un momento: un seis por ciento de interés compuesto, durante, digamos, dieciocho millones de años. ¡Poseería el universo! ¡Fantástico! Así que, esos dos, son nuestros candidatos para la inmortalidad. Eli y yo, consecuentemente, tendremos que cederles el sitio. Nos guste o no. Sin necesidad de esperar, los papeles eligen a sus actores. Matarán a Eli, naturalmente, ¿acaso el judío no desempeña siempre el papel de víctima? Le prodigarán palabras amables, como señal de reconocimiento por haber encontrado la clave de la vida eterna en los polvorientos archivos; y, en el momento ritual preciso, le sujetarán y le harán respirar un poco de ciclón-B. La solución final al problema de Eli. Y sólo quedo yo como voluntario para la autoinmolación. La decisión, nos dijo Eli, citando el capítulo y verso adecuado de *El Libro de los Cráneos*, debe ser auténticamente voluntaria, resultado de un puro deseo de sacrifi-

cio, pues, en caso contrario, no producirá las vibraciones deseadas. Bien, señores, estoy a su disposición. No tenéis que decir más que una palabra y haré lo que será, con muchísimo, el mejor acto que haya realizado nunca. Un deseo desinteresado y puro, probablemente el primero. Sin embargo, hay dos condiciones: Timothy, hurgarás entre tus millones de Wall Street y subvencionarás una edición decente de mis poemas, bonita encuademación, bonito papel, con un prólogo de alguien conocido, Trilling, Auden, Lowell, o alguno de la misma categoría. Si muero por ti, Timothy, si vierto mi sangre para que vivas eternamente, harás eso por mí, ¿no? A ti también tengo algo que pedirte, Oliver, sí, señor. *Causa sine qua non*, como diría Eli. El último día de mi vida me gustaría pasar una hora contigo, mi bello y querido amigo, para plantar mi pene en tu suelo virgen. ¡Que seas por fin mío, querido Oliver! Prometo ser generoso con la vaselina. Tu cuerpo liso, casi imberbe, tus nalgas finas y atléticas, tu dulce e inviolado agujerito rosa. Todo eso mío, Oliver. ¡Mío, mío, mío! Te doy mi vida si me prestas tu culo sólo por una tarde. ¿No te parece romántico? ¿No es delicioso tu dilema? O pasas por la piedra, o nada. Pero pasarás. No tienes nada de puritano, eres práctico, un yo-primeero. Comprenderás las ventajas del negocio. No tienes otra elección. Complace al marica, Oliver; si no, nada.

3

TIMOTHY

Eli se toma todo esto mucho más en serio que el resto de nosotros. Supongo que es natural; lo ha descubierto él, él ha organizado toda la operación. Y, de todas formas, siente esa llama que se alimenta de él, ese misticismo del europeo del este que le permite concentrarse al máximo en una cosa aunque, en último análisis, sepa que es puramente imaginaria. Debe tratarse de algún rasgo judío ligado a la *kabala*, o no sé muy bien a qué. Por lo menos, creo que es un rasgo judío, como la inteligencia, la cobardía o el amor al dinero, pero, en definitiva, ¿qué sé yo de los judíos? Por ejemplo, nosotros cuatro en este coche. Oliver es, sin duda, el más inteligente. Ned, el más débil físicamente, basta con mirarle a los ojos para que se derrumbe. En cuanto al dinero, lo tengo yo, aunque no haya hecho nada para ganarlo. Reunimos los que dicen ser los rasgos típicos de los judíos. Y el misticismo. ¿Místico, Eli? Puede que simplemente no quiera morir. ¿Qué tiene eso de místico?

Nada, desde luego, pero cuando se trata de *creer* en la existencia de egipcios o babilonios, o sobre los inmortales exilados al desierto, cuando se trata de *creer* que basta con ir allí, decirles las palabras adecuadas y que en el momento

te den la inmortalidad, ¡entonces, sí! Salvo Eli, ¿quién puede tragarse eso? ¿Quizás Oliver? ¿Ned? No, él, no. Ned no cree en nada, ni siquiera en sí mismo. Y yo tampoco, no hay que preocuparse por eso.

En ese caso, ¿qué pinto aquí?

Como le he dicho a Eli, hace buen tiempo en Arizona en esta época del año. Además, me gusta viajar. Y me da la impresión de que la experiencia va a ser interesante. Ver cómo evoluciona todo esto. Ver a mis amigos enfrentarse con su destino en las mesas. ¿Para qué ir a la universidad sino para tener experiencias interesantes y enriquecer nuestro conocimiento de la naturaleza humana mientras uno se divierte? Yo no he ido para aprender geología o astronomía, sino para observar a otros seres humanos mientras hacen el idiota. ¡Eso es la educación! ¡Eso es pasarlo bien! Como me dijo mi padre el día que me fui de casa por primera vez, después de recordarme que representaba la octava generación de los Winchester que pisaba la noble institución: «Recuerda una cosa, Timothy: el único tema de estudio interesante para el hombre, es el hombre. Lo dijo Sócrates hace tres mil años, y todavía es válido». En realidad, fue Pope quien lo dijo en el siglo XVIII, lo aprendí en segundo curso de inglés, pero no tiene importancia. Se aprende observando a los demás; sobre todo si uno ha perdido la oportunidad de fortificar el carácter en la adversidad, eligiendo cuidadosamente a los tátara-tátara-abuelos. Tendría que verme ahora el abuelito: en coche con un marica, un judío y un campesino. Creo que no tendría nada que decir. No olvido que soy el mejor.

Eli habló primero con Ned. Les vi cuchichear un montón de cosas. Ned se reía. «Te burlas de mí», repetía; y Eli se ponía como un tomate de rojo. Ned y Eli son muy amigos. Sin duda porque son dos mequetrefes y pertenecen a minorías oprimidas. Desde el principio estuvo claro que, si nos uníamos los cuatro, ellos dos estarían en un lado y Oliver y yo en el otro. Los dos intelectuales contra los dos ba-

nales. Los dos maricas... es injusto. Eli no es marica, aunque le moleste al tío Clark. Mi tío insiste continuamente en hacernos creer que los judíos, se reconozca o no, son, fundamentalmente, homosexuales. Es cierto que Eli, con esos andares y ese ceceo, parece marica. De hecho, más que Ned. Quizá por eso persigue Eli de esa manera a las chicas. ¿Tendrá algo que ocultar? En fin, el caso es que Eli y Ned cuchicheaban, se pasaban notas y, después se lo contaron a Oliver. «¡Mierda! ¿Es que yo no puedo enterarme?», les pregunté. Creo que sentían un maligno placer excluyéndome de sus manejos, algo así como si quisieran demostrarme lo que significa ser un ciudadano de segunda categoría. O, a lo mejor, tenían miedo de que me riera de ellos. Terminaron por contármelo todo. Oliver hizo de embajador.

—¿Qué harás en Semana Santa? —me preguntó.

—No sé. Tal vez las Bermudas. O Florida. O Nassau —el caso es que no lo había pensado mucho.

—¿Te seduce Arizona?

—¿Y qué podemos hacer allí?

Aspiró profundamente.

—Eli ha estado examinando unos manuscritos antiguos en la biblioteca —me dijo sonriendo y evitando mirarme a los ojos—. Ha encontrado algo que se llama *El Libro de los Cráneos*, un libro que, al parecer, ha estado allí durante cincuenta años sin que nadie pensara en traducirlo. Eli ha investigado algunas cosas y piensa...

Piensa que los Guardianes de los Cráneos todavía existen, y que nos dejarán aprovecharnos de su maravilloso tesoro. Eli, Ned y Oliver están de acuerdo en ir allí y ver de qué se trata, y me invitan a completar el cuarteto. ¿Por qué? ¿Por mi dinero? ¿Por mi encanto personal? En realidad, es porque solamente admiten que vayan los candidatos de cuatro en cuatro, y, como somos compañeros de habitación, les ha parecido lógico que...

Y etcétera, etcétera. Acepté quizá por divertirme. Cuando mi padre tenía mi edad, se fue al Congo Belga para